

Europa: El siglo XX

Para la mayoría de los europeos la época comprendida entre 1871 y 1914 fue la Belle Époque. La ciencia había hecho la vida más cómoda y segura, en un principio el gobierno representativo había conseguido una gran aceptación y se esperaba con confianza el progreso continuo. Orgullosas de sus logros y convencidas de que la historia les había asignado una misión civilizadora, las potencias europeas reclamaron enormes territorios de África y Asia para convertirlos en sus colonias. No obstante, algunos creían que Europa estaba al borde de un volcán. El novelista ruso Fiódor Dostoievski, el filósofo alemán Friedrich Nietzsche, el psiquiatra austriaco Sigmund Freud y el sociólogo alemán Max Weber advirtieron sobre el optimismo fácil y rechazaron la concepción liberal de una humanidad racional. Tales presagios comenzaron a parecer menos excéntricos a la luz de las dudas contemporáneas que suscitaba el consenso liberal. Un nuevo y virulento brote de antisemitismo surgió en la vida política de Austria-Hungría, Rusia y Francia; en la cuna de la revolución, el caso Dreyfus amenazó con derribar la Tercera República. Las rivalidades nacionales se exacerbaban por la competición imperialista y el problema de las nacionalidades en la mitad húngara de la Monarquía Dual se intensificó debido a la política de magiarización del gobierno húngaro y la influencia de las unificaciones alemana e italiana en los pueblos eslavos.

Mientras, la clase trabajadora industrial crecía en número y fuerza organizada, y los partidos socialdemócratas marxistas presionaban a los gobiernos europeos para equiparar las condiciones y las oportunidades de trabajo. El emperador Guillermo II de Alemania apartó de su lado a Bismarck en 1890. Durante dos décadas, el 'canciller de hierro' había servido como el "honesto corredor de bolsa" de Europa, al realizar con gran destreza una asombrosa política de alianzas internacionales que permitieron el mantenimiento de la paz en el continente. Ninguno de sus sucesores poseía la habilidad necesaria para preservar el sistema de Bismarck, y cuando el emperador incompetente desechó la *realpolitik* en favor de la *weltpolitik* (la política imperial), Gran Bretaña, Francia y Rusia formaron la Triple Entente.

Las guerras mundiales

El peligro alemán, junto a la rivalidad entre Rusia y Austria en los Balcanes, implicaba una actividad diplomática que presentaba dificultades demasiado grandes para los mediocres funcionarios que dirigían los ministerios de Asuntos Exteriores europeos en la víspera de 1914. Cuando el terrorista serbio Gavrilo Princip asesinó al archiduque austriaco Francisco Fernando de Habsburgo el 28 de junio de 1914, no hizo sino encender la mecha del barril de pólvora sobre el que se asentaba Europa.

La I Guerra Mundial

El entusiasmo con que los pueblos europeos saludaron el estallido de las hostilidades pronto se convirtió en horror cuando las listas de bajas aumentaron y los objetivos limitados se volvieron irrelevantes. Lo que se había proyectado como una breve guerra entre potencias, se convirtió en una lucha de cuatro años entre pueblos. En las últimas semanas de 1918, cuando finalmente terminó la guerra, los imperios alemán, austriaco y ruso habían desaparecido, y la mayor parte de una generación de jóvenes murió. El que el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, fuera la principal figura de la conferencia de paz de París (1919) demostró ser una señal de lo que estaba por llegar. Decidido a convertir el mundo en un lugar "seguro para la democracia", Wilson había implicado a Estados Unidos en la guerra contra Alemania en 1917. Mientras proclamaba su llamada a una Europa democrática, Lenin, el dirigente bolchevique que en el mismo año se hizo con el poder en Rusia, llamaba al proletariado europeo a la lucha de clases y sentaba las claves ideológicas de la revolución socialista. Ignorando ambas premisas ideológicas, Francia y Gran Bretaña insistieron en una paz con reparaciones económicas, y Alemania, Austria, Hungría, Bulgaria y Turquía fueron obligados a firmar tratados que no tenían nada que ver con sueños mesiánicos.

España, que había permanecido neutral, seguía arrastrando una profunda crisis de identidad, tras el desastre de 1898, la guerra con los Estados Unidos, la pérdida de Cuba y Filipinas, y sus repetidos fracasos militares en Marruecos. Pero a pesar de la neutralidad, la sociedad se dividió profundamente en dos bandos: los 'aliadófilos' frente a los 'germanófilos'.

El periodo de entreguerras

En las postrimerías de la catastrófica guerra y de una epidemia de gripe que provocó veinte millones de muertos en todo el mundo, muchos europeos creyeron, junto al filósofo Oswald Spengler, que eran testigos de la 'decadencia de Occidente'. Por supuesto, aún podían encontrarse signos de esperanza: se había fundado la Sociedad de Naciones y se decía que en el este y el centro de Europa había triunfado el principio de la autodeterminación. Rusia se había liberado de la autocracia zarista y Alemania se había convertido en una república. No obstante, la Sociedad de Naciones ejerció poca influencia, y el nacionalismo continuó siendo una espada de doble filo. La creación de Estados nacionales en Europa central llevaba consigo necesariamente la existencia de minorías nacionales, porque la etnicidad no podía ser el único criterio para la construcción de fronteras defendibles. Los zares habían sido reemplazados por los bolcheviques, que rechazaron reconocer la legitimidad de cualquier gobierno europeo. Lo más importante fue, quizás, que el Tratado de Versalles, al establecer que existía un culpable de la guerra, había herido el orgullo nacional alemán, mientras

que los italianos estaban convencidos de que les habían negado su parte legítima del botín de posguerra.

Benito Mussolini, al explotar el descontento nacional y el temor ante el comunismo, estableció una dictadura fascista en 1922. Aunque su doctrina política era vaga y contradictoria, se dio cuenta de que, en una época en la que la política dirigida a las masas estaba en pleno auge, una mezcla de nacionalismo y socialismo poseía el mayor potencial revolucionario. En Alemania, la inflación y la depresión dieron a Adolf Hitler la oportunidad de combinar ambas ideologías revolucionarias. A pesar de su nihilismo, Hitler nunca dudó de que el Partido Nacional Socialista Alemán era el vehículo prometido a su ambición. Por su parte, el sucesor de Lenin, Stalin, subordinó el ideario internacionalista de la revolución al concepto de la defensa de la patria rusa, y al proclamar 'el socialismo en un único país', erigió un aparato gubernamental jamás igualado en omnipresencia.

La crisis española desembocó en el destronamiento pacífico de la monarquía, tras las elecciones municipales de 1931. Pero la República fue contestada desde sus inicios por las fuerzas conservadoras y los sectores más radicales del anarcosindicalismo; los poderes fácticos, la Iglesia y los terratenientes, provocaron con sus continuos vetos y obstáculos gravísimos enfrentamientos políticos y sociales. En 1936 estalló una cruenta guerra civil, que dividió de inmediato a la opinión pública en todo el mundo. Acabó en 1939 con el triunfo del general Francisco Franco, que había tenido el apoyo decisivo de Hitler y Mussolini.

La II Guerra Mundial

Al afrontar la creciente beligerancia de estos estados totalitarios y el confirmado aislamiento de Estados Unidos, las democracias europeas se encontraron a la defensiva. Bajo el liderazgo de Neville Chamberlain, Gran Bretaña y Francia adoptaron una política de apaciguamiento, que sólo fue abandonada tras la invasión alemana de Polonia el 1 de septiembre de 1939. Cuando la II Guerra Mundial comenzó, las rápidas victorias del ejército alemán persuadieron a casi todos, excepto a Winston Churchill, de que el 'nuevo orden' de Hitler era el destino de Europa. Pero después de 1941, cuando Hitler ordenó el ataque a la Unión Soviética y los japoneses bombardearon Pearl Harbor, soviéticos y estadounidenses se unieron a Gran Bretaña en un esfuerzo común para obligar a Alemania a rendirse incondicionalmente. El rumbo de la guerra cambió en 1942 y 1943 y tras el desembarco y la batalla de Normandía, Alemania y sus restantes aliados sucumbieron al final de una terrible lucha en los frentes oriental y occidental.

En la primavera de 1945, Hitler se suicidó y una Alemania arrasada se rindió a las potencias aliadas.

La era de posguerra

En los días finales de la guerra, las unidades militares de Estados Unidos y la Unión Soviética se encontraron en su avance cerca de la ciudad alemana de Torgau. Este elocuente encuentro simbolizó la decadencia del poder europeo y la división del continente en dos esferas de influencia, estadounidense y soviética. En poco tiempo, la tensión y la sospecha engendrada por la proximidad geográfica de las dos superpotencias mundiales tomó la forma de Guerra fría, una prueba de nervios que fue particularmente dura en el nacimiento de la era atómica.

Enfrentamiento Este-Oeste

Al haber sufrido tremendas pérdidas durante la guerra, la URSS estaba decidida a establecer una zona de seguridad en Europa oriental que la separara del mundo capitalista europeo. Entre 1945 y 1948, dictadores apoyados por la Unión Soviética consiguieron el poder en el corazón de Europa, desgarrado por la guerra. En Alemania, las zonas de ocupación aliadas comenzaron a transformarse en entidades políticas; en 1949, los gobiernos de Alemania Occidental y Alemania Oriental ya se habían creado, con lo que simbolizaban la división del continente. Alarmado por el establecimiento de gobiernos comunistas en Europa oriental y por la vulnerabilidad de Europa occidental, que se encontraba en ruina económica, el secretario de Estado de Estados Unidos, George C. Marshall, propuso un programa de ayuda de largo alcance destinado a acelerar la recuperación económica europea (*véase* Plan Marshall). Éste, rechazado por los gobiernos de Europa Oriental bajo la hegemonía de la Unión Soviética, posibilitó una milagrosa recuperación económica de Europa Occidental. La creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) evidenció aún más la dependencia europea de Estados Unidos.

Al rechazar la invitación de Hitler a participar en la guerra, el general Franco logró mantenerse neutral, pero no consiguió ganarse la simpatía de los 'aliados', que le negaron los beneficios y las ayudas del Plan Marshall. Entre 1945 y 1953 el gobierno español tuvo que soportar el ostracismo internacional, tras ser rechazada su presencia en las organizaciones internacionales del mundo occidental.

Los Estados europeos, que ya no eran dueños de sus destinos, en especial Francia y Gran Bretaña, fueron forzados a desmantelar sus imperios. Durante las primeras dos décadas de la posguerra tuvo lugar un

impresionante proceso de descolonización, que fue preparado en parte por el auge de los movimientos nacionales en Asia, África y Oriente Próximo en el periodo de entreguerras. Esta decadencia del imperialismo y el colonialismo reflejó la crisis europea, tanto espiritual como política. Las aplastantes revelaciones en relación con los campos de concentración nazis y los dolorosos recuerdos de colaboración se transformaron en un sentimiento de culpabilidad generalizada. Para muchos, el existencialismo del filósofo francés Jean Paul Sartre representó la última palabra en lo concerniente a la condición humana.

Resistencia al control soviético

No obstante, Europa demostró ser muy resistente. Casi desde el principio, los dirigentes soviéticos aprendieron que el fuerte orgullo nacional que anima a los pueblos de la Europa Oriental no podía ser suprimido fácilmente. En 1948 fueron incapaces de impedir que Josip Broz Tito (un combatiente de la resistencia comunista), se embarcara en una aventura distinta: el socialismo autogestionario en Yugoslavia (*véase* Partidos comunistas). En 1953, el año de la muerte de Stalin, los alemanes orientales se amotinaron, y en 1956 los húngaros libraron una heroica batalla (destinada al fracaso) contra los soviéticos. En 1968, de nuevo el control soviético fue puesto a prueba en Checoslovaquia, donde el dirigente comunista Alexander Dubcek comenzó la liberalización de la vida checa durante el breve periodo conocido como la primavera de Praga. Otra vez las fuerzas militares soviéticas, junto a tropas de otros países del Pacto de Varsovia, aplastaron el experimento del 'socialismo con rostro humano', pero voces de resistencia y reforma continuaron haciéndose oír. La propia URSS tuvo que hacer frente a las presiones nacionalistas cuando algunas de sus repúblicas comenzaron a rechazar el gobierno central.

En España, a partir de 1953, el general Franco supo sacar ventaja de su proclamado anticomunismo, y consiguió reanudar relaciones y contactos con los gobiernos occidentales e iniciar su entrada en todos los organismos, empezando por la UNESCO en ese mismo año.

Resistencia a la influencia estadounidense

Los estadounidenses, que habían sido mucho mejor recibidos que los soviéticos, trataron a los europeos como aliados en la Alianza Atlántica. Algunos, en cambio, percibieron los peligros de la influencia de Estados Unidos. Éste fue el caso del general Charles de Gaulle, que se convirtió en el presidente de la V República de Francia en 1959. Al negarse a conceder a Estados Unidos una presencia permanente en Europa Occidental, De Gaulle interrumpió la colaboración francesa con la OTAN y comenzó a desarrollar una fuerza disuasoria nuclear propia. Debido a la relación especial que Gran Bretaña mantenía entonces con Estados Unidos, el presidente francés vetó la

candidatura británica a la Comunidad Económica Europea (CEE) o Mercado Común. De Gaulle, que veía a Europa extenderse del Atlántico a los Urales, abogó por una inestable federación de estados independientes (*L'Europe des patries*). A esta visión se oponían aquéllos que consideraban que era necesaria y posible una unión más integral. El primer paso en esa dirección había sido tomado en 1951, cuando Francia, la República Federal de Alemania, Italia y los Países Bajos se pusieron de acuerdo en establecer el Mercado Común del Carbón y el Acero. A esto le siguió en 1957 la formación de la Comunidad Económica Europea. Aunque tuvo un considerable éxito económico, el Mercado Común no evolucionó hacia la unión política europea tan rápidamente como algunos de sus fundadores habían esperado (véase Unión Europea).

En 1975, tras la muerte de Francisco Franco, se inició en España un periodo de transición, que culminó en las primeras elecciones libres de 1977 y la proclamación de una Constitución democrática en 1978.

El futuro de Europa A principios de la década de 1980, cuando el sindicato polaco Solidaridad estaba en pleno apogeo, el gobierno, con el apoyo soviético, declaró la ley marcial y encarceló a muchos de los disidentes anticomunistas. A finales de la misma década, sin embargo, las condiciones económicas de Europa Oriental se deterioraban tan rápidamente que los gobiernos comunistas no pudieron retener por más tiempo la ola de protestas públicas. Durante 1989 y 1990, las elecciones libres dieron lugar a gobiernos democráticos en Polonia, Hungría y Checoslovaquia. A finales de 1989 la línea divisoria entre Este y Oeste, el muro de Berlín, fue derribado; el régimen de la República Democrática Alemana se disolvió, y en octubre de 1990 Alemania Oriental fue absorbida por la Alemania Occidental (República Federal de Alemania). En septiembre de 1991 la independencia de tres repúblicas bálticas de la Unión Soviética, Estonia, Letonia y Lituania, fue reconocida a nivel internacional; la URSS también aceptó antes del final de 1991 la independencia del resto de las repúblicas soviéticas, lo que significó su total desintegración. La Comunidad de Estados Independientes (CEI), formada en diciembre de 1991 por prácticamente todas las antiguas repúblicas soviéticas, fue la sucesora de la URSS.

El desarrollo político en Europa y la antigua URSS provocó un importante cambio que afectó a la presencia militar estadounidense en el continente. A finales de 1995, el Ejército estadounidense había reducido sus instalaciones militares en Europa de un total de 893 a 319.

En Europa Occidental, el final de la Guerra fría levantó esperanzas de cooperación total, e incluso de amistad entre Este y Oeste. Estas perspectivas se ensombrecieron, no obstante, con la creciente inestabilidad de las antiguas repúblicas soviéticas y por el estallido de la guerra entre serbios y croatas en Croacia, y serbios, croatas y musulmanes en Bosnia-Herzegovina. En abril de 1992, cuatro de las seis repúblicas constituyentes de Yugoslavia (Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina y Macedonia) habían declarado su independencia, y las dos restantes (Serbia y Montenegro) se habían unido y constituido una nueva Yugoslavia. En cambio, la comunidad internacional se negó a reconocerla como Estado soberano. La guerra continuó hasta 1996, tras la firma de los Acuerdos de Dayton entre los bandos enfrentados.

El 1 de enero de 1993, asimismo, Checoslovaquia se dividió en dos repúblicas distintas, la República Checa y Eslovaquia.

Por su parte, los países miembros de la Comunidad Europea (ahora llamada Unión Europea) habían establecido en un principio el 1 de enero de 1993 como fecha límite para la integración económica. El tratado de la Unión Europea o Tratado de Maastricht, diseñado para intensificar la integración política y económica de la Comunidad Europea, fue ratificado finalmente por los doce miembros de la Unión Europea en 1993. Ésta eliminó la mayor parte de las fronteras comerciales interiores y permitió la libre circulación de ciudadanos de la Unión, además de elegir a la ciudad alemana de Frankfurt como sede del nuevo Instituto Monetario Europeo. Pero los planes para adoptar políticas de defensa común a través de la Unión Europea Occidental y crear una moneda única a finales del siglo XX se han retrasado. En mayo de 1994, Finlandia, Suecia y Austria solicitaron su ingreso en la Unión Europea (UE), que se hizo efectivo en 1995. El 15 de diciembre de 1996 se aprobó el estatuto jurídico del euro (nombre adoptado un año antes para la futura moneda única europea), el nuevo Sistema Monetario Europeo (SME) y el llamado Pacto de Estabilidad, por el que los estados miembros deben continuar sus respectivas políticas de convergencia una vez que, en 1999, comience a utilizarse el euro.

En 1993 Europa sufrió una recesión económica y un alto nivel de desempleo. Además, el flujo de exiliados y refugiados procedentes de Europa suroriental y el norte de África provocó una escalada del nacionalismo racista y xenófobo y de rechazo contra los inmigrantes, especialmente en la Alemania reunificada. Pero el proceso irreversible tendente a la eliminación de

fronteras dentro de la Unión Europea, la solicitud de ingreso en la misma realizada por países del antiguo bloque del Este y la apertura en 1994 del túnel del Canal de la Mancha, que une Dover y Calais, después de más de cinco años de construcción, son algunos buenos ejemplos del espíritu favorable a la cooperación y al entendimiento entre los pueblos y los ciudadanos del Viejo Continente.